



LA VENGANZA DE LOS FINADOS.

Don Cristóbal prometió no faltar á la cita. Acompañó al buen canónigo hasta la puerta de su aposento, y don Sulzer no se despidió de él sin abrazarle y darle su bendición.

Luego que don Sulzer quedó á solas se postró en su reclinatorio y pronunció una fervorosa plegaria, cuando se levantó revelaba su rostro el contentamiento interior de un hombre henchido de confianza en la bondad del cielo, y seguro de haber alcanzado lo que en sus oraciones pedía.

Aunque ya era mas de la una de la mañana, en vez de recogerse el canónigo en su lecho buscó en su biblioteca un libro de mediano volumen, y habiéndole encontrado, se sentó en su bufete y se puso á hojearlo atentamente.

Al siguiente día fue puntual don Cristóbal. Daban las ocho cuando se presentó en la puerta de su amigo: sin llamar siquiera abrió muy despacio y vió al canónigo sentado junto á una mesa cubierta de papeles, sumergido en una poltrona, inmóvil y profundamente dormido. Habíale sorprendido el sueño en medio del estudio, porque tenía puesta la mano derecha sobre el libro abierto, y su dedo índice parecía señalar un párrafo importante. La debilidad y la incertidumbre de la vista del anciano le habían hecho adoptar la costumbre de seguir con el dedo la línea en que se hallaba para no perderse en la página que leía. Introduciéndose el sol en el aposento del canónigo iluminaba en aquel instante su pálida y canosa frente.

Contempló don Cristóbal aquel cuadro lleno de solemnidad y de calma, y no queriendo perturbar el reposo de su amigo, se acercó de puntillas para ver que obra había cauturado la aplicación del canónigo, y leyó estas palabras:

«Hijo mio, no os acobarden los trabajos que por mi hayais emprendido: no os abatan los contratiempos que os sobrevengan: que mi promesa os aliente y os consuele en todos los trencos de la vida.

Un día que solo el Señor conoce, os llevará á la paz, y ese día no irá mezclado con la alternativa de la noche: allí será la luz perpétua y la claridad infinita.

«¿Hay alguna pena que no deba sufrirse por la vida eterna?

«Hijo mio, mi gracia es inapreciable y no admite mezcla de cosas estrañas, ni consuelos terrestres.

«Si quereis recibirla buscad un retiro, no aspireis al trato de nadie, sino esparcid vuestro ánimo ante Dios por medio de sentidas oraciones.

Don Cristóbal cada vez mas asombrado y enternecido á medida que leía, llegó en fin al versículo á que señalaba el dedo del canónigo.

«Conviene que os aparteis del mundo: conviene que os separeis de vuestros conocimientos y amistades, y que conserveis vuestra alma exenta de todos los consuelos humanos.»

Don Cristóbal en extremo conmovido sintió en aquel instante como una especie de revelación: tocó la mano de don Sulzer y la encontró fria y helada.

Acercó sus labios á la frente del anciano y el contacto le pareció el de una estatua de mármol. Don Sulzer había pasado á mejor vida; había recibido el

premio de sus sufrimientos y de sus virtudes; conocía ya ese día del Señor en que la luz es perpétua y la claridad infinita: había espirado. Don Cristóbal comprendió que el fin de que le había hablado la noche anterior se reducía á alcanzar una muerte semejante á la suya.

Se postró de hinojos cerca del difunto, y su corazón en un impetu de piadosa gratitud llegó á creer que la boca del último monje de Reichenau, aquella boca á la sazón muda, parecía dictarle por el texto del mas hermoso libro que haya salido de la mano de los hombres.

Recibió sepultura don Sulzer á las 24 horas en el coro de la antigua abadía. El humilde y último representante del monasterio recibió unos honores reservados antes solo á sus poderosos abades. Llegó entre ellos como un mensajero encargado de anunciarles la definitiva estension de su familia: como un soldado fiel que se refugia en medio de sus gefes para aguardar la caída del edificio, cuyas ruinas deben sepultarles á todos en una misma tumba.

Al día siguiente de estos funerales, á que asistieron todos los habitantes de la isla, se encontró desierte la casa de don Cristóbal, se halló sobre la mesa una carta por la que se la cedía con todos sus enseres á un pobre labrador padre de familia, cuya hacienda se le había quemado dos meses antes.

Se susurró luego que don Cristóbal agobiado por las pérdidas sucesivas de su hijo, de su esposa y de su amigo, no había podido resistir á su desesperación y se había precipitado en el lago. Un batelero contaba que el español había llegado la tarde del entierro á ajustar un bote para trasladarse, según di-

jo, á Radolsszell. A la mañana siguiente se habia encontrado el bote flotando al acaso junto á la rive-
ra: se conjeturaba que el viento le habia arrastrado
hácia Reichenau, despues de la catástrofe del que lo
mentaba. Sin embargo, el cadáver de don Cristóbal
no volvió á parecer sobre las olas, y vanas fueron las
tentativas de los pescadores por encontrarle en el
fondo del lago.

(Continuará.)

BOLETIN ESTRANGERO.

Se ha representado últimamente en el teatro
francés una tragedia de Chenier, titulada: *Tiberio*.
Proscrita por la censura imperial se habia refugiado
en las obras del poeta. Su éxito ha sido asombroso.
Consiste la principal belleza de esta obra en la per-
fecta pintura del carácter de Tiberio, considerado
este terrible y avieso emperador desde la muerte de
Germanico, su hijo adoptivo. La entonacion de esta
tragedia es constantemente enérgica y grave: hay ro-
bustez en los pensamientos y firmeza en el estilo.
El célebre artista Ligier se ha distinguido extraordi-
nariamente en el papel de Tiberio, cuyo carácter ha
retratado con imponderable maestría.

En el Circo Olímpico se ha puesto en escena con
toda propiedad un espectáculo en que se representa
el suceso glorioso para Francia que tuvo lugar el
28 de mayo de 1794. *El vengador* separado de la flo-
ta, mandada por Villaret Joyeuse, que sostenia con-
tra los ingleses un combate terrible, fué atacado por
fuerzas muy superiores, y desamparado, acrivillado
á balazos, y haciendo agua por todas partes despues
de resistir dos veces el abordage, rehusó rendirse;
y cuando tocaba á su término, cuando ya se veian
sus cañones á flor de agua y próximos á sumergirse,
dispara *el Vengador* una andanada contra los ingleses,
y mientras la tripulacion gritaba *viva la Francia, viva
la república*, desaparecia el buque entre las olas con
sus heroicos combatientes. Tal es el asunto repre-
sentado en el Circo Olímpico. La vista del mar ilu-
minado por la luna, la encarnizada lucha y la desapa-
ricion del Vengador son cuadros tan bien descritos
y es tan feliz la imitacion, que al contemplarlos se
crispan los nervios y se estremecen los corazones;
unido á esto el humo de la pólvora y el estrépito de
la artillería se complota la ilusion, y todo concu-
rrente cree hallarse entre las aguas de un furioso
océano.

En el teatro italiano se ha estrenado *Il fantasma*
ópera en tres actos, música de Mr. Persiani. El
traduccion ó mas bien imitacion de un melodrama
de Mr. Melesville, que se estrenó en la *Gaeté* con
buen éxito: dió su vuelta por la Francia, cruzó
los montes, se estableció en Italia, y adoptan-
do el traje y los usos del país, se hizo libretto: lo pu-
so en música Mr. Persiani, y ha conseguido satisfac-
er en su espartito el gusto de todos. En la primera
y segunda representacion fué llamado dos veces á
las tablas, y aplaudido con entusiasmo.

LA HUÉRFANA.

Tiende la noche su velo;
Todo en la tierra reposa:
Solo eleva fervorosa
Su triste plegaria al cielo
Una virgen candorosa.

Por el pesar oprimida,
Y por el dolor mas fuerte,
Amargas lágrimas vierte
Sobre la tierra movida
Donde se abriga la muerte.

Dulce y suavisimo viento
Con sus rizos juguetea;
Aparece en su tormento
Divina, como se crea
Virtud en el pensamiento.

Sordo susurro promueve
La hoja que el viento mueve
En el silencio profundo,
Semejándose del mundo
Al eco postrero y leve.

Y la amarillenta luna
En los cielos suspendida,
Entre celajes mecida
Lanza su luz importuna
Sobre la hermosa afligida.

«¿Por qué, dice, te perdí,
Madre mia, á quien amaba
Con tan dulce frenesi?
¿Yo que tan solo cifaba
Mi felicidad en tí!...

Quando tu voz melodiosa
A tu lado cariñosa
Escuchaba con placer,
Dulce idea, religiosa,
Formaba de tu poder.

Tu cariño maternal
Y aquella fé tan sincera
De ese afecto terrenal
Tan puro y tan celestial,
¿Con qué igualarse pudiera?

Soy privada de tu amor
Como la naciente flor
Del jardinero olvidada,
Que lánguida y sin color
Muere del sol agostada.

Como nave sin timon
Y de continuo batida
Por la ola embravecida,
Juguete del aquilon
En mar estenso perdida.

¡Tan amarga soledad,
Desamparo tan cauel
No causa al mundo piedad;
Y apuro la amarga hiel
En mi infelice horfandad!...

Cruels los hombres son,
Impía tambien es mi suerte;
Nada halaga el corazon
En esta triste mansion
De pesares y de muerte.

¡Oh! por mirarte daria,
Tan solo una vez siquiera,
Toda mi existencia entera!...
¡Brillante esperanza mia
Como hermosa pasajera.

Si en la noche silenciosa
Quando vengo á orar por tí,
Una sombra pavorosa
Ajitada y temblerosa,
Viera adelantarse á mí:

Y esa sombra funeral
Fuera sombra maternal,
Con delicioso embeleso
En tus labios de coral
Llegara á estampar un beso.

¡Qué delirio!... abrazada
Contigo, madre adorada,
Mirarme en aquel momento
Desde el suelo trasportada
Al inmenso firmamento!...

Y ver ceñida tu sien
Con corona refulgente,
Y mil querubas tambien
Bajar desde el alto Edem
Vibrando el arpa cadente.

Y escuchar con emocion
Despues de elocuente calma,
Voz que llega al corazon,
Voz que penetra hasta el alma...
¡Oh madre!... ¡Tu bendicion!

ISIDRO GIOL DE SOLDEVILLA.



A ELLA.

FRAGMENTO.

¡Ah! y era pura como el aura leve,
Hermosa, como el sol del mediodia:
Tan blanca como el campo de la nieve;
Destello de divina fantasia!
Y ya... sombra fugaz, que no se atreve
A contemplar el corazon, impia;
Eterno torcedor, mortal quebranto,
Ayer todo placer, hoy solo llanto.

Y era mas grato para mí su acento
Al resonar en sus cadencias suave
Mas que el rasgar con presuroso viento
El ancho mar á la velera nabe.
Pero tirano asaz el firmamento
Pesará el mio en sus destinos graves,
A sin mirar altivo mi amargura
Robárame tal bien, tanta ventura.

Y ella me amará como yo la adoro,
Con un querer, cual de la infancia puro;
Misterio celestial, Virgen tesoro,
Oculto al mundo, para mí seguro;
Sublime dicha que perdida lloro,
Con amargo pesar, eterno, duro,
¿De no gozar constante su cariño
A que agitar mi corazon de niño?

Triste ¡ay! que de su amor poco gozara
En calma el pecho con ardiente anhelo,
Breve momento para mí brillara
Radiante sol en el sereno cielo;
Que rápido, veloce, lo ocultara
A toda la estension túpido velo:
¡Estraña ley, que en el espacio rige!
¡Miseria, esclavitud que al alma aflige!

Ya nunca la veré! Poder tirano
Me manda huir de mi copricho leco;
Y era mi amor influjo soberano
que me aliviaba el sinsabor que toco.
Mas, si es rogar y suplicar en vano
¿A qué con frenesi constante invoco?
Lejos de tí, y en eternal ausencia
Es preciso vivir. ¡Fiera inclemencia!

Adios! adios! recuerdo indestructible!
Célica luz, que en mí existir brillante,
Sino de bendicion, genio apacible,
Que benigno mis preces escuchastes:
Si nunca te veré, si es imposible,
Si siempre para mí ya te ocultaste,
Oye, por compasion, mi triste canto,
Segunda vez enjugarás mi llanto.

ANTONIO MARIN Y GUTIERREZ.

TEATROS.

Cruz.

Hoy no hay funcion.

Príncipe.

A las siete de la noche. La graciosa comedia en
cuatro actos y en verso, titulada: *UNA NOCHE EN
BURGOS O LA HOSPITALIDAD*. Intermedio de bai-
le nacional. Terminará el espectáculo con un diver-
tido sainete.

IMPRESA DE BOIX.